

La elección del hijo parental y su rol en la familia.

Leonor Domínguez Valdés

LEONOR PAULINA DOMÍNGUEZ
VALDÉS
Profesora de tiempo e investigadora en el Departamento de Humanidades de la UIA Laguna.
leonor.dominguez@lag.uia.mx

« No hay nada que la persona
no pueda resistir,
haciendo
algo o aguantando».

El tema de género y familia me resulta apasionante porque durante mi formación como terapeuta pude constatar la complejidad de los sistemas familiares, así como el intenso dinamismo y la evolución y cambio constante en el que estos permanecen.

Mi experiencia a lo largo de los estudios de maestría, primero en Psicología Humanista y posteriormente en Orientación y Terapéutica Familiar, me condujo a pensar acerca de la necesidad que tienen las ciencias del comportamiento de abrirse a la comprensión del acontecer social en la cultura. Debo afirmar que mi formación previa como antropóloga social, me ha permitido abocarme al estudio de la institución familiar desde una posición mucho más amplia que a su vez hace posible mirar, percibir e interpretar la realidad con mayor amplitud y profundidad.

En realidad, la actitud siempre observante de la antropóloga se hace presente en todo aquello que una emprende,

de ahí que siempre queda el deseo de ir a más, de profundizar en el estudio de esta ciencia.

Introducción:

Al entrar en contacto con el mundo de la psicología sentí que había dos cosas que llamaban mi atención. La primera estaba relacionada con mi creciente interés por las ciencias del comportamiento y el complejo mundo de interrelaciones científicas que giran en torno a éstas. Una vez que una se asoma a mirar ese universo, descubre que toda posibilidad de comprensión del funcionamiento de la psique humana queda trunco si no tenemos por lo menos una comprensión general acerca de la importancia de los procesos neurobioquímicos y neurobiofísicos en la vida psíquica del ser humano. La segunda está relacionada con la exclusión de la antropología y la sociología tanto en la construcción del edificio teórico de la disciplina, como en los procesos de aplicación práctica de la misma.

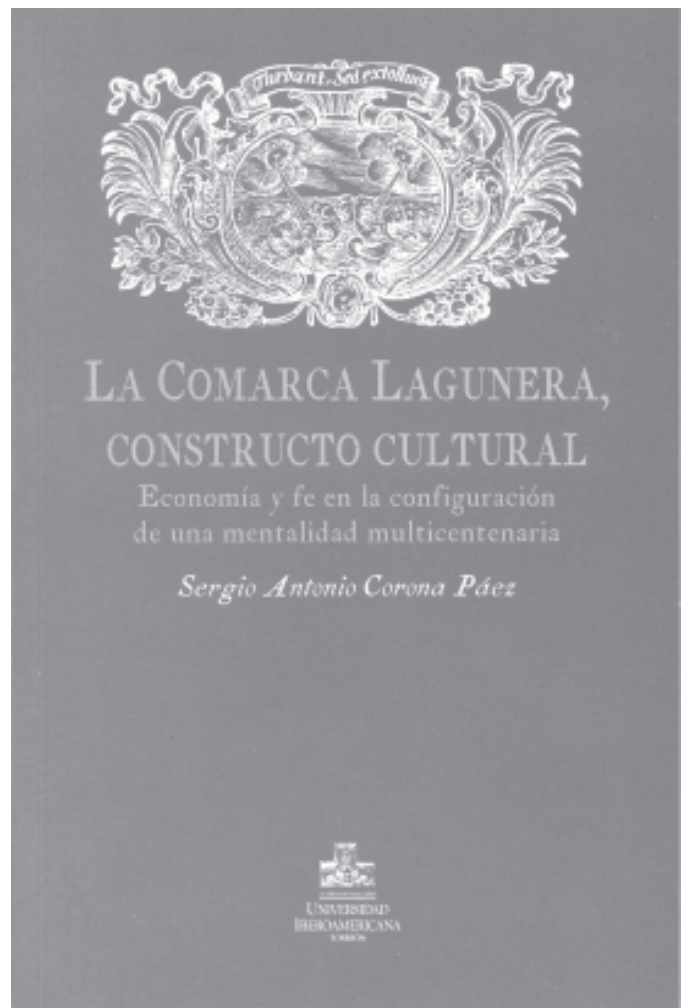
La comprensión de la psicodinamia humana individual o grupal, adquiere un matiz diferente cuando se le mira también des-

de el ángulo de la realidad externa. La economía, el acontecer político y social y la realidad cultural ejercen una influencia decisiva sobre la vida del sujeto y de los grupos humanos. Sabemos de sobra que la relación medio ambiente y adaptación cultural es un binomio inseparable cuya influencia incide sobre los procesos de evolución biológica de la especie.

La antropología social es una disciplina tan abarcadora que nos proporciona la posibilidad de dotar a la psicología del análisis atinado en relación con el escenario en el cual tienen lugar los fenómenos psíquicos.

La familia y las relaciones entre los géneros al interior de ésta abren un sin fin de posibilidades para su estudio. En este caso, el tema que me interesa ha sido tratado ampliamente por la psicología, pero no he encontrado hasta ahora un abordaje que incluya las consideraciones históricas, sociales y culturales sobre las cuales se construye el código ético-moral de las familias mexicanas. Pero la antropología, como las demás ciencias nos permite acotar aún más el problema de estudio, en este caso haré alusión a las familias norteñas de clase media alta y específicamente a las familias cuyo tránsito por la vida se produjo entre el principio de la década de los años cincuenta del siglo XX y el primer lustro del siglo XXI.

«En las sociedades industrializadas occidentales de los años cincuenta y sesenta se cantó la glorificación de la familia. En la República Federal Alemana, la familia fue anclada en la Constitución del Estado; en la vida cotidiana la familia constituía el modelo de vida reconocido y al que se aspiraba; la teoría social entonces dominante la consideraba necesaria para el funcionamiento del Estado y la sociedad. Pero luego, a finales de los años sesenta y comienzos de los setenta, llegaron el movimiento estudiantil y el movimiento feminista, que llamaban a la rebelión contra las estructuras tradicionales. La fami-



lia fue desenmascarada como ideología y prisión, como la sede de la violencia y la opresión cotidianas. Lo cual hizo que aquellos que alzaron sus voces en defensa de la familia burguesa pasaran a la ofensiva y descubrieran de nuevo en ella «el puerto de un mundo sin corazón». Había estallado «la guerra por la familia.»(Beck-Gernsheim :2003: p.12-13) El mismo autor señala:

«Asimismo dejaba de estar en claro quién o qué forma la familia: ¿qué formas de relación han de estar designadas con el nombre de familia y cuáles no?, ¿cuáles son normales y cuáles constituyen una desviación, cuáles merecen la protección estatal, cuáles deben recibir una ayuda económica?»

«Hoy en día a comienzos del siglo XXI, ha aumentado la complejidad de la situación. Las consignas de principios de los setenta contra la familia han enmudecido y en su lugar va tomando forma una nueva cruzada que insta a retornar a los valores familiares. Pero quien deduzca de ello que está ocurriendo un retroceso se equivoca, pues la retórica familiar es más bien, una reacción, el intento de un contramovimiento, y no un retorno de hecho a formas y normas de otros tiempos.»

«Y el resultado de todas estas transformaciones es el siguiente: tanto en la política como en el ámbito científico o en la vida cotidiana, con harta frecuencia ha dejado de estar claro quién o qué constituye la familia. Los límites se hacen borrosos, las definiciones vacilantes, crece la inseguridad.»

En efecto, las familias norteamericanas de este periodo van a ser vistas por la sociedad y desde la necesidad de ésta como «el modelo perfecto de estructura social que garantizará la permanencia de la especie sobre el planeta».

No sólo los hijos de las parejas que se establecieron durante el periodo de glori-

ficación de la familia, sino los hijos de los hijos de éstas, así como los miembros de las generaciones previas introyectaron este modelo de familia como «el más funcional» y el que reunía las características suficientes que justificaran el aparato ideológico dominante.

En realidad, el modelo de familia que hasta hace pocos años había servido como plataforma ideal para el desarrollo de la economía occidental ha quedado inscrito en la *imago* mental de la sociedad desde sus inicios.

La famosa historia de amor entre Lancelot y Ginebra le sirve al mundo de escenario para que desde ese momento se inaugure el mito del amor romántico, la pareja feliz hasta que la muerte los separe y como consecuencia la familia feliz y exitosa.

Los descendientes de los matrimonios que se fundaron durante los años cincuenta ahora representan a la generación de los adultos maduros que sostienen en marcha a la sociedad actual. No obstante, las uniones conyugales que ha formado esta generación han alcanzado una cifra record de divorcio (67% de las parejas que tienen entre uno y cinco años de casados.[Municipio de Garza García, Nuevo León, México]) y con mucha frecuencia los excónyuges se vuelven a casar y también frecuentemente aunque con menor incidencia procrean hijos con la nueva pareja. Así es como se forman las familias reconstituidas.

Los hijos de la generación nacida en el lapso comprendido entre los años cincuenta y principios de los años sesenta, han empezado a optar por diferentes alternativas de relación, tales como la unión libre, el matrimonio con residencia *monolocal*, y la maternidad o paternidad dentro del estado de soltería, de entre otras posibilidades de cohabitación de la pareja humana.

La tercera generación, los jóvenes de los noventa y del primer lustro de nuestro siglo han roto o se han visto obligados a romper con todos los paradigmas. La disfuncionalidad del modelo de familia tra-

dicional ha quedado expresado en la crisis institucional que vivimos en la actualidad. Para los adultos en edad media, el esquema familiar dentro del cual fueron formados resulta inoperante y obsoleto. Sin embargo, en los ambientes más tradicionales se sigue reproduciendo el modelo de matrimonio y familia hasta ahora conocido por todos.

Hoy día, no obstante la prevalencia del modelo matrimonial convencional, las nuevas generaciones están probando nuevos modelos de organización de la vida en pareja. El diseño de nuevas posibilidades de compartir la vida ha dejado su huella sobre las hojas de las constituciones políticas de las naciones y sobre los códigos del derecho civil de las mismas. En nuestro país por ejemplo, hoy por hoy la pareja que vive en unión libre (relación de concubinato) tiene los mismos derechos legales que la pareja unida en matrimonio y los mismos derechos jurídicos los tienen los hijos nacidos como fruto de dichas uniones.

La Ley General de Salud de nuestra nación señala la obligación del Estado de brindar atención en la materia a las mujeres y hombres que vivan en concubinato, toda vez que estos demuestren tener más de siete años de vivir juntos. Los hijos nacidos como producto de estas uniones tendrán los mismos derechos de atención a la salud y de acceso a los bienes heredables que los hijos habidos en matrimonio. Con esto quiero decir que el Estado le ha quitado al vínculo matrimonial el halo de santidad, para dar acceso a la expresión de nuevas formas de organización social y de construcción de las relaciones de parentesco.

De igual forma, hoy día a diferencia de hace algunas décadas, la soltería es vista como una elección de vida y como un modo diferente de estar más que como una condición impuesta por el destino. Incluso en la bibliografía más actual se habla de la nueva familia constituida por un *holón* individual, mismo que se vincula a otros *holones* o subsistemas mediante los víncu-



los del parentesco por vía consanguínea. No obstante, también los vínculos por afinidad constituyen un fuerte soporte en el mantenimiento del sentido de pertenencia de los individuos en relación con un sistema familiar determinado.

El abanico de posibilidades de estar socialmente vinculados como especie se ha abierto en su totalidad.

Honrarás a tu padre y a tu madre:

Con mucha frecuencia el hijo parental es elegido al nacer y usualmente tal función recae en el hijo-a mayor o bien, en el hijo-a menor. El concepto del hijo «Benjamín» o la hija «Benjamina» tan propio de nuestras culturas de origen hispano lleva implícito su destino manifiesto. Él-ella habrá de cuidar de los padres en la ancianidad y en la enfermedad hasta el día en que estos mueran. Pero a cambio de ello ella *benjamín-a* recibirá en premio mayor heredad que los demás.

Cuando el hijo elegido inicialmente es el primogénito, las esperanzas y los anhelos de los padres se depositan en él y hacia él se dirigen todas las energías en el afán de proveerle de la mejor formación para que «sea exitoso en la vida». Sin embargo, con mucha frecuencia, el primogénito varón y en general los hijos varones gozan de mucha mayor libertad para dejar el núcleo familiar en busca de nuevos derroteros.

Al salir de casa después de la preparatoria, los hijos varones (cuya heredad prometida no es suficiente para garantizarles un futuro mejor que el que tuvieron sus abuelos y sus padres) suelen no regresar a la casa paterna. Por el contrario, con el deseo de encontrar mejores oportunidades de desarrollo buscan otros destinos. Ello particularmente cuando las ciudades de procedencia son más bien de tamaño pequeño o mediano.

La salida del hijo mayor hace patente la evidencia de que no habrá regreso. Rápidamente la familia se reorganiza para redistribuir los roles que en adelante deberá cumplir cada uno de sus miembros.

La elección de otro de los hijos para que se ocupe de los viejos y los enfermos debe hacerse de inmediato. Ahora la elección habrá de hacerse de entre los más pequeños. Estos se irán más tarde de casa, si son mujeres no se irán de manera permanente sino solamente por temporadas y los padres tendrán buen cuidado de mantener activos los vínculos de sujeción y dependencia, de tal manera que a la vuelta de unos años «la muchacha habrá de regresar a casa».

Es frecuente ver que los hijos parentales gocen de una supuesta gran independencia y autonomía. No obstante ésta siempre deberá tener lugar dentro de los límites que hagan posible el control de éstos por parte de los demás miembros de la familia ya que de la disposición incondicional de ellos depende el mantenimiento de la homeostasis del sistema. Si por alguna razón éste abandonara la escena en la que ocurren los acontecimientos de la vida familiar cotidiana, la vida de todos las demás personas que constituyen el conjunto universal familiar se vería seriamente alterada y, consecuentemente los demás hijos tendrían que abocarse a la atención de los abuelos y de los padres, es decir; de los viejos y enfermos de la familia.

El cumplimiento de las funciones con sustanciales al rol de hija/o parental exige enormes renunciaciones, mismas que las más de las veces se cumplen cotidianamente sin que la dinámica propia de sus vidas les dé tiempo para que tomen conciencia de los costos tan grandes que esto representa.

Aún hoy día en diversos estratos de las culturas de origen latino, existe el mandato de la familia hacia el «Benjamín» de que éste no se case mientras vivan sus padres. Huelga recordar que en la tradición de la mayoría de las etnias nativo-mexicanas, la figura del o la *Xocoyotzin* (*Xocoyote/a* en el lenguaje cotidiano) coincidentemente guarda un estrecho parecido con la construcción psicosocial del-la *benjamín-a*.

A veces, el acuerdo se hace explícito y en otras ocasiones, todo se dispone de tal

manera para que así sea. De una u otra forma, todos los miembros de la familia participan en el cumplimiento del acuerdo y hay quienes lo hacen de manera más consciente que otros, quienes abiertamente diseñan la estrategia y quienes solamente atraviesan por las constelaciones familiares como cometas.

En gran medida, el equilibrio del sistema familiar descansa sobre los hombros del hijo parental. Conforme pasan los años los padres se hacen más dependientes y necesitan de más y mayores atenciones y cuidados. Las tareas de la administración de la casa, los bienes y compromisos afectivos y sociales de los padres pasan a ser tarea del hijo que vive en la casa paterna-materna.

Hasta hace tres décadas, era muy frecuente ver que las mujeres cuya actividad principal consistía en ocuparse del cuidado de los viejos y enfermos de la familia y del manejo de los asuntos de estos no tenían otra actividad laboral además de ésta. Empero, hoy día, la mayoría de las mujeres en edad productiva desempeñan algún oficio o actividad profesional fuera del hogar. Así, a las enormes demandas de la administración doméstica y el cuidado de los padres o abuelos se les suma la exigencia de cumplimiento del trabajo profesional, todo esto sucede en el contexto de un mundo cada día más competitivo y más exigente en términos de rapidez y eficiencia en todos los órdenes de la vida.

La familia, en tanto que unidad doméstica de producción responde al mismo llamado de la sociedad neoliberal transmoderna y el sistema sociofamiliar entero se vuelve cada vez más impaciente, intolerante y demandante para con el hijo que se ha hecho cargo de la administración de la casa y los bienes de los padres.

Cuando la enfermedad hace presa de los padres, la familia se caracteriza por ser poco resistente ante las adversidades de la vida. Cuando la dinámica psicosocial de las personas que constituyen el sistema se caracteriza por activar preferentemente los

mecanismos defensivos de evasión y negación, el o la hija parental se enfrenta ante la única realidad esperable, «tiene y debe» hacerles frente a las cosas, sin contar con la participación de alguien más.

La fragilidad psíquica de las personas se revela con una nitidez extraordinaria ante las situaciones límite. El o la «Benjamín-a» se convierte en depositario-a de las descargas emocionales del resto de los miembros del sistema familiar, quienes usualmente proyectan en éste-a su propia realidad interior. Suele suceder también, que éstos no resistan el peso de la culpabilidad ante su incapacidad para hacerse co-responsables y co-participes en el a veces largo viaje del padre y la madre del estado de vida y hasta el momento de su muerte, y aún durante el periodo posterior, cuando es necesario atender a los asuntos de orden práctico, como los procesos de sucesión testamentaria. Es decir, que asistir a los padres a lo largo del proceso de morir es una tarea frente a la cual el miedo y el dolor provocan reacciones de huida, de ira, de ataque y descarga de tormentas de sentimientos en todas aquellas personas que mantienen un vínculo afectivo con los enfermos, o bien, que lo mantenían con quienes ahora han muerto.

El simple anuncio de la posibilidad de que los padres mueran hace que los hijos se sitúen ante la vida de otra manera. Los padres en la etapa de morir se convierten para éstos en imagen especular, son la alteridad en la que los hijos se miran y representan por lo tanto todo aquello que éstos-as son, quisieran ser, han sido y no han podido ser.

A mayor capacidad de compromiso, mayor serenidad y claridad interior y mayor capacidad para resolver los asuntos materiales (mundo exterior) e inmateriales (mundo interior) y a mayor evasión, mayor culpabilidad y dificultad para hacerles frente a las cosas y como consecuencia de ésta mayor carga de ira que se desplazará y será depositada en aquel-aquella de los-as hijos-as que más se ha comprometido y que a su vez está más vulnerable y aparentemente en una mayor situación de indefensión.

Podríamos decir, que las incapacidades e inconsistencias de personalidad de «los más fuertes» se transforman en culpa, la culpa en envidia, celos, ira ante la vergonzosa realidad que miran en el espejo de lo innegable, lo que no se puede ocultar más.


Las situaciones límite suelen mostrar con sorprendente nitidez, el rostro verdadero de todos/as y cada uno/a de los sujetos implicados en la trama de la vida familiar, laboral, social, política, de la vida misma así, en castellano llano. Ante una situación límite, todos los rostros quedan desvelados y todos los cuerpos-continentes del universo psíquico-acaso alma desnudos. Lo auténtico expone a lo inauténtico, lo real a lo imaginario, lo antiguo a lo actual y al final, un solo universo especular sin fantasías ni posibilidad alguna de mentir. Sólo hay dos realidades inobjektivas en el universo, la vida y la muerte y todo lo demás invento. No obstante, algunos sumamente necesarios y hasta imprescindibles.

La muerte de los viejos jefes del clan familiar, repercute en todos los ámbitos de la vida del sistema, que en su totalidad se cimbra, se reacomoda como lo hace la tierra con cada terremoto y cambian la geografía y la historia y los espacios y el acomodo de los muebles y el de las ideas y el de los diferentes papeles que cada sujeto juega en la vida, la vida misma y al tiempo otra diferente y nueva y siempre oportunidad, siempre apertura, posibilidad, reto y vuelta a empezar.

A la muerte de los viejos, aquellos que les sobreviven en cierta medida también mueren y renacen para ser los/as mismos/as y al mismo tiempo diferentes y nuevos. Los hijos-as parentales sanos se fortalecen y crecen en espíritu y naturaleza gracias a la experiencia a veces instantánea, a veces corta, a veces larga, muy larga de enfermedad y muerte del padre o de la madre.

La existencia cobra una nueva y absolutamente nueva dimensión y la estructura psíquica se acrisola, al tiempo que se

mira a la vida por el pequeñísimo orificio de la cabeza de una aguja, para de ahí y a través de él magnificar las posibilidades potenciales que ofrece la vida de hacer de la capacidad un torrente de creatividad. Se imponen ante el insondable dolor de las pérdidas, los valores de actitud, de creación y de realización...Y el duelo mismo que a veces no aparece sino hasta que todo está en calma y ya que ha caído la tarde, el duelo se convierte en comprensión, en mirada compasiva del absurdo de la locura humana. Nada es realmente importante, nada y nadie necesario y sin embargo, todos-as insustituibles.

La danza de *xocoyotzins* y *benjamines* siempre llega a un final y éste significa que han dejado de ser «los más pequeños» (definición etimológica de la palabra *xocoyotzin* en náhuatl antiguo), para ocupar un sitio en la mesa de los mayores. Se ha ganado el bastón de mando de la familia y en cierta medida ocupará en adelante el sitio de los abuelos. 

Referencias:

- Beck Gernsheim Elizabeth. *La reinención de la familia*. Paidós, México, 2003.
- Domínguez Valdes Leonor. *Notas de trabajo de campo: San Juan Totolapan*. Edo. de México, 1986.
- Hoffman Lynn. *Fundamentos de la terapia familiar*. FCE, México, 1987.
- Imber-Black Evan. *La vida secreta de las familias*. Gedisa, España, 2000.
- Kottak Phillip *Anthropology*. Mc. Graw Hill/ Higher education, Londres, 2000.
- Lindholm Charles. *Culture and Identity*. Mc Graw Hill / Higher education, London, 2001.
- Morris Charles G. y Maisto Albert A. *Introducción a la psicología*. Prentice Hall, México, 2003.
- Pittman Frank S. *The third*. Paidós México: 1995.